

do por indudable que el gobierno de Washington sostendría al republicano de México como precisa consecuencia de la doctrina Monroe. En aquella reunión quedaron aprobadas varias resoluciones, en las que se decía: «Que el pueblo de los Estados Unidos, opuesto á la aristocracia, á la monarquía y á la opresión, daba á las razas oprimidas la seguridad de su amor á la forma republicana y simpatizaba con todos los que luchaban por su independencia y su libertad, especialmente y de todo corazón por el pueblo mexicano, que hacía esfuerzos para redimirse de un gobierno impuesto por las bayonetas extranjeras, en cuya empresa debía ser auxiliado por el de los Estados Unidos.» El general Wallace, respondiendo á una consulta, publicó una carta en que afirmó: «Que era lícito tomar las armas por la causa de la República de México, sin que por ello se violaran las leyes de los Estados Unidos, y que era indudablemente permitida la obra que se trataba de llevar á cabo.» Otro general, Mr. Banks, en un discurso que pronunció en Nueva Orleans, sostuvo que no se podía ni debía respetar, una adquisición obtenida por potencia europea en América, aprovechando los disturbios domésticos de los Estados Unidos y que serían fatales para las libertades de ese pueblo, nuevos triunfos europeos en este continente. «Una bandera extraña, cuando no hostil, dijo, flamea en nuestra frontera y si es necesario la arrojaremos de allí.» Otra porción de discursos se pronunciaban por todas las ciudades del Norte, en igual sentido, haciéndose notable el del diputado Mr. Winter en Chicago y la despedida del general Blain, que mandaba el 17º cuerpo del ejército de Sherman, diciendo á sus soldados: que había probabilidades de una guerra contra Francia, por haberse aprovechado su soberano de la oportunidad que tuvo de invadir á México, para establecer un despotismo militar con el nombre de monarquía, lo cual debía considerarse como un acto de hostilidad contra los Estados Unidos.

No podían los imperialistas abrigar esperanza alguna de que los Estados Unidos dejaran de combatir el gobierno de Maximiliano, no solamente por las afirmaciones concluyentes aprobadas en los clubs y las convenciones, contra las potencias europeas que quisieran establecer un gobierno monárquico en la proximidad de los Estados Unidos, sino por la declaración firme y resuelta hecha por el vicepresidente Johnson, en ejercicio después de la muerte de Lincoln.

Cuando á principios de Abril de 1865 fueron á felicitarle por la toma de Richmond, contestó entre otras cosas: «Llegará la hora en que esas naciones que han mostrado tanta insolencia y un espíritu de entrometimiento tan impropio durante nuestra adversidad, que ellas toman por debilidad, conozcan que este es un gobierno popular que tiene el poder bastante para hacerse sentir y respetar de todos.» Al subir Mr. Johnson á la presidencia, manifestó: «Que pensaba lo mismo que antes, y que no retiraba ni una sola de sus palabras.»

La gran mayoría de los políticos de más importancia en los Estados Unidos, manifestaron que era de todo punto necesaria la aplicación de la doctrina Monroe al caso de México y que el emperador de los franceses se desengañara res-

pecto de los sentimientos del pueblo norteamericano, para que evitase una guerra en la que tendría que luchar con un poder tan formidable como ya se había manifestado al mundo. Esta opinión invariable de no consentir que un poder europeo fundara nueva monarquía en el Nuevo-Continente, fué adoptada en las convenciones de New Jersey, Harrisburg, Minnesota y Albany. El general Sheridan publicó la carta en que sostenía, que la guerra con los Estados Unidos no podía darse por terminada, hasta que Maximiliano fuese arrojado de México en unión de los franceses; parecer enteramente igual al del general Grant, personaje el más popular entonces en la vecina República.

Enorme significación tenían tantas manifestaciones hechas en el mismo sentido, al hablar de la cuestión de México con tal unanimidad y armonía; y á no haber sido por el secretario de Estado Mr. Seward, se habría procedido á las vías de hecho, chocando de frente con el gobierno imperial; pero este hombre de Estado quiso emplear mejor los arbitrios pedidos á la sagacidad del diplomático, para conseguir que fuese retirado cuanto antes el ejército expedicionario que invadía el territorio mexicano; Seward no hizo caso de los que le inducían á combatir desde luego y á que no perdiese la favorable oportunidad que se ofrecía á los Estados Unidos, de arrojar de aquí por la fuerza á los franceses, sin que ni por un momento pudiera creerse que Seward estaba conforme con el establecimiento del imperio de Maximiliano, según lo comprobaron los estériles esfuerzos hechos por D. Luis de Arroyo, titulado cónsul mexicano, para entablar relaciones oficiales con el gobierno de Washington, y la contestación dada á la carta de pésame enviada por Maximiliano al Presidente Johnson y llevado por el chambelán D. Mariano Degollado; Mr. Seward se negó á recibirlos, no obstante los esfuerzos que se hicieron, á los que no fué extraño Mr. Corwin antiguo ministro de los Estados Unidos en México. Se ve con toda claridad, que no era quimérico el temor de un conflicto entre los Estados Unidos y Francia, aunque lo contrario hacían comprender los periódicos oficiosos y oficiales que defendían la política de Napoleón, reprobada también por las repúblicas centro y sud-americanas, sin exceptuar á Guatemala, ya cambiada desde la muerte del Presidente Carrera.

El marqués de Montholón, en un despacho que envió á su gobierno, á mediados de Junio, dijo que la política tranquila prevalecería en los consejos de la Casa Blanca, al menos por todo el tiempo necesario para que la gran República curase sus llagas, arreglara su hacienda y reorganizara los Estados del Sur.

La orden para cerrar las oficinas de reclutamiento en favor de la causa republicana en México, aunque era efectiva, no engañó á nadie acerca de su ineficacia práctica para impedir expediciones de hombres con municiones de guerra. Por el momento, á juicio de los políticos europeos y del gobierno francés, Maximiliano podía respirar libremente.

También en Viena se tenían seguridades de que el gobierno de los Estados Unidos no abrigaba la menor intención de intervenir en los asuntos de México,

según lo manifestó, en una entrevista, Mr. Motley al conde de Mensdorff, aunque tal comunicación no fué hecha por el ministro americano con carácter oficial, ni á consecuencia de las instrucciones del Presidente de la República.

Los intervencionistas é imperialistas mexicanos, creían que los Estados Unidos tendrían gravísimas dificultades para combatir á las fuerzas francesas que ocupaban á México; pero vieron que estaban engañados, al saber que el Presidente Johnson enviaba á la frontera mexicana un ejército de cien mil hombres con todos los trenes y medios de transporte para emprender una campaña larga; y no era posible suponer que esa fuerza marchara á imponerse solamente á los texanos, que ya aparecían rendidos, estando las tropas del Norte en la parte más árida y despoblada de Texas y á las órdenes del segundo general del país, lo cual era suficientemente expresivo.

Esa acumulación de fuerzas norteamericanas en las orillas del Bravo, tenía preocupados los ánimos y hacía esperar grandes acontecimientos. A pesar de las seguridades dadas por el gobierno de los Estados Unidos, se comprendía con claridad el significado de aquella reunión de tropas y se daba cada día más importancia al numeroso ejército que ocupaba á Texas.

En la mente y el corazón de los norteamericanos, se abrigó siempre la doctrina de Monroe, aceptada por todos los hombres de representación, y seguramente jamás hubo nación más decidida sobre doctrina alguna; aun entre el vulgo que poco entiende de las intrigas de Estado, ha estado arraigada la convicción de que la presencia de un poder europeo en este Continente, era hostil á la República. El Norte, lo mismo que el Sur, han manifestado en todas ocasiones sus sentimientos en este sentido.

No era posible que las inteligencias europeas se engañaran acerca de lo que significaba aquella aglomeración de tropas, á la vez que de la actitud tan marcada que tomaron el pueblo y el gobierno de los Estados Unidos; el desenlace tenía que venir pronto. De qué manera llegó el fin del Imperio y cuáles fueron los esfuerzos hechos por parte de Maximiliano y la Emperatriz para evitar que se desmoronase lo que ya no tenía cohesión. Esta tan interesante materia, será asunto del tercero y último tomo de la presente obra.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

## INDICE DE LOS ASUNTOS TRATADOS EN ESTE TOMO SEGUNDO.

INTRODUCCION.—Lo que quería y lo que ocultaba la Intervención francesa.—Los verdaderos motivos.—Proyectos gigantescos.—Contradicciones resaltantes.—La empresa se basaba en el hundimiento de los Estados Unidos.—Papel que representaba Francia ante el conflicto de esa nación.—Monarquía norteamericana.—Males de una política sin freno.—Silencio impuesto á la prensa respecto á la cuestión de México.—Lo que se permitía decir.—Debilitase la Francia con la guerra traída á México.—Preocupación de los adictos á la política napoleónica.—Esta no se conforma con la separación de España.—El antiguo y el nuevo régimen en México.—Necesidad de elegir un príncipe extraño.—Probabilidades contra la monarquía en México.—Aprensiones sobre la división del poder entre el futuro Imperio Mexicano y la Francia.—Otros motivos de inquietud que se veían con claridad.—Entre ellos se enumeraba la actitud de los Estados Unidos y la de Inglaterra.—Conflicto entre los principios de progreso y de conservación.—El partido liberal mexicano jamás creyó chocar con los franceses.—Anómala unión de los franceses con los reaccionarios mexicanos.....

PÁGS.

3

## CUARTA PARTE.

### PERIODO DOUAY.—FOREY.—BAZAINE.

CAPITULO PRIMERO.—Avanza el general Zaragoza hasta las Cumbres.—Gobierno de Almonte en Orizaba.—Se empeña en emitir papel-moneda.—Entregan los franceses la aduana marítima.—Sucesos en Tlacotalpam y Alvarado.—Avance de González Ortega.—Paso de las fuerzas de Márquez para Orizaba.—Sangrienta acción de Barranca Seca.—Colocación de las fuerzas del general Tapia.—No pudieron recibir auxilios.—Movimientos de los franceses.—Incomunicación en que estuvo Veracruz.—Laurencez se esfuerza en restablecer las comunicaciones con ese puerto.—Dificultades que hubo que vencer.—Acción del Chiquihuite.—Abusos de las tropas francesas.—Llegada del general Douay.—Donativos de algunos extranjeros para la guerra.—Información de franceses en Jalisco sobre tropelías sufridas.—Voto de gracias de los residentes en Puebla.—Mr. Billaut defendiendo á su gobierno.—Lo ataca Julio Favre.—Es refutado desde luego.—Protección del ministro de Prusia á súbditos españoles.—Estado en que seguían las relaciones entre México y España.—Influencia del ministro francés en Washington.—Armas y recursos dados á Márquez.—Paralización del comercio.—Torcida conducta de D. Santiago Vidaurri.—Notable discurso del Presidente Juárez.—Expediciones al Carmen y Campeche.—Conspiraciones en favor de Almonte.—Aparece la guerra civil en la Huasteca.—Márquez es enviado á cuidar la Tierracaliente.—Zaragoza comunica su resolución de atacar á Orizaba.—Fortificaciones en esta plaza.—La escuadrilla francesa en las costas de Yucatán.....

11